



LA POLIGAMIA

«La poligamia —le dicen a uno los árabes progresivos— es resultado de una interpretación errónea del Corán». Esto le pareció una barbaridad a un taxista egipcio a quien conocí: «Yo leo el Corán todos los días y tengo dos mujeres y la conciencia muy tranquila», protestó; su sistema además también era progresivo: vivía en un apartamento de tres habitaciones, una común a todos y otra para cada una de sus dos mujeres; él dormía cada semana con una de ellas y la otra hacía la compra y la comida y la limpieza, «y se llevan como hermanas, Dios

sea loado», me dijo el taxista, dándome la vuelta del recorrido. Un egipcio más progre todavía me dijo que aquello era neandertal puro: «La poligamia fue para que las viudas de nuestros enemigos muertos en combate contra nosotros no quedasen desamparadas, pero a ver quién es el guapo que abastece ahora su harén a base de viudas de soldados israelíes o de "marines" norteamericanos; sólo pensar que podía caerme en suerte, por ejemplo, la viuda del ex presidente Nixon me hace sentirme monógamo a más no poder».

De cierto rey árabe me han dicho que él ha resuelto el problema de seleccionar nocturnamente a la favori-

ta de turno tirando una moneda de oro a la piscina; todas ellas, entonces, bucean como locas y la afortunada es la que emerge con la moneda en la boca. Además se queda con la moneda. En España la poligamia es lo más complicado y caro que hay, aunque, una vez dominada la técnica, da mucho «status» entre los envidiosos. En los países anglosajones se resuelve a divorcio limpio, porque allí rige la máxima «nunca te cases dos veces con la misma mujer». En la Unión Soviética la infidelidad al partido raya en la bigamia en el mejor de los casos.

Del rey de Marruecos se dice que tiene sus dos harenes —el suyo propio y el heredado de su padre—

bastante bien puestos, con cada mujer —en el suyo propio tiene cincuenta, según dicen— en su propio apartamento. Cuando la favorita de turno tiene el capricho de cambiar la moqueta, pongo por caso, a color uva pasa, todas las demás lo exigen también, y no hay más narices que cambiar cincuenta golpes de moqueta. Menos mal que el rey tiene pasta, que si no... El harén de su padre está más sometido y allí cunde menos el capricho, pero me contaron de un caso en que a una de las viudas hubo que ponerle dentadura postiza y las demás, en masa, no descansaron hasta que se la pusieron a todas ellas también. En fin, la cochina envidia. ■ B. WOLF.